

Disney

*¿Y si Anna y Elsa nunca  
se hubieran conocido?*

The silhouettes of Anna and Elsa are shown in profile, facing right. Elsa is on the right, with her hand raised as if casting a spell. The background is a dark blue sky with falling snowflakes and a line of evergreen trees below.

# Frozen

UN GIRO INESPERADO

JEN CALONITA



# Índice

Portada
Portadilla
Dedicatoria
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis

Capítulo veintisiete  
Capítulo veintiocho  
Capítulo veintinueve  
Capítulo treinta  
Capítulo treinta y uno  
Capítulo treinta y dos  
Capítulo treinta y tres  
Capítulo treinta y cuatro  
Capítulo treinta y cinco  
Capítulo treinta y seis  
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



Explora  
bre

Descu-  
Comparte

# Frozen

*UN GIRO INESPERADO*

Jen Calonita

LIBROS 

*Para mis cómplices, amantes de Frozen, Joanie  
Cook y Kristen Marino*

J. C.

## CAPITULO UNO

### Elsa

—¡Su Alteza Real, la princesa Elsa de Arendelle!

Elsa salió de la sombra de sus padres y quedó bajo el sol. Los habitantes la esperaban, y recibieron con una estruendosa ovación su presencia en la plaza del pueblo. Debía de haber cientos de súbditos reunidos, jóvenes y ancianos, ondeando las banderas con el escudo de la familia real, lanzando flores y vitoreando. Los más pequeños estaban subidos a hombros de sus padres, los demás estaban de pie sobre los carruajes o se asomaban por las ventanas cercanas al lugar. Todo el mundo quería ver de cerca a la princesa. Sus padres acostumbraban a interactuar con los habitantes de su reino, pero, a sus dieciocho años, hasta hacía poco no había sido invitada a acompañarlos a los actos oficiales.

A decir verdad, prefería seguir viviendo su vida a la sombra, pero el deber la llamaba.

—¡Bienvenida, princesa Elsa! —exclamaba la gente.

Elsa y sus padres estaban de pie sobre una plataforma elevada que había sido construida para el evento y desde la que se divisaba el enorme patio situado afuera de las puertas del castillo. La plataforma le ofrecía unas vistas privilegiadas, pero, a la vez, hacía que se sintiera en un escaparate. Esa era, posiblemente, la cuestión.

—¡Mira! Es la princesa de Arendelle —le dijo una madre a su hija—. ¿No es preciosa? Ofrécele tu presente.



La pequeña estaba de pie frente al estrado con un ramito de brezos púrpura, la flor preferida de Elsa, en la mano. Cada vez que intentaba acercarse para entregárselo, la multitud la empujaba hacia atrás.

Elsa miró a su madre en busca de consejo. La reina asintió delicadamente y ella descendió los escalones recogiendo el bajo del vestido azul pálido que había combinado con una chaqueta ajustada a juego para la ocasión. La princesa y su madre tenían los ojos de un color claro similar, pero ella se parecía más a su padre por el pelo de color claro, que solía llevar en una trenza recogida en un moño bajo a la altura de la nuca.

—Gracias por estas preciosas flores —le dijo Elsa a la niña aceptando el ramito con gentileza antes de volver a subir a la plataforma y dirigirse a la multitud.

Su padre le había estado enseñando la verdadera importancia del momento de presentarse por primera vez ante un amplio grupo de gente.

—Nos complace que se hayan unido a nosotros en esta tarde en la que Axel Ludenburg descubrirá la escultura de la familia real con la que tan amablemente ha obsequiado a nuestro reino —comenzó. La gente aplaudió—. Solo un comentario antes de destaparla: dado que el señor Ludenburg ha dedicado varios años a trabajar en esta obra, sospecho que pareceré mucho más joven en la escultura de bronce de lo que soy ahora.

Los presentes comenzaron a reír y Elsa dirigió una mirada de orgullo a su padre. Esa línea había sido idea suya. Él le respondió con una sonrisa alentadora.

—Su contribución a este reino es primordial. —Elsa sonrió al escultor—. Y ahora, sin más dilación, me gustaría presentarles al señor Ludenburg.

Elsa se desplazó hacia un lado para dejar sitio a un señor mayor que ella.

—Gracias, princesa. —El señor Ludenburg le hizo una reverencia, su barba blanca casi le rozaba las rodillas. Después, se volvió hacia la multitud—. Agradezco al rey Agnarr, a la reina Iduna y a nuestra hermosa princesa que me hayan permitido crear una escultura en su honor. Es mi deseo que esta obra dé la bienvenida a todos los viajeros provenientes de pueblos lejanos y cercanos cuando acudan a visitar el castillo de Arendelle y pasen por sus puertas. —Lanzó una mirada a su ayudante, que avanzó con un movimiento rápido, desató el cordón alrededor de la tela que ocultaba la escultura situada en medio de una fuente y la destapó—. ¡Permítanme presentarles a la familia real de Arendelle!

Los presentes contuvieron la respiración en un silencio sonoro que, seguidamente, se rompió con sus aplausos.

Era la primera vez que el rey, la reina y Elsa veían la escultura acabada. Ella recordaba haber posado para los bocetos del señor Ludenburg cuando tenía unos once años, pero ya casi había olvidado que el artista había estado trabajando en la escultura hasta hacía poco, cuando su padre le comunicó que sería la princesa la que hablaría en el acto de inauguración.

—Es preciosa —le dijo Elsa al señor Ludenburg. Y lo decía de corazón.

Mirar aquella escultura era como observar un momento congelado en el tiempo. El señor Ludenburg había moldeado a la familia real a la perfección. El joven rey aparecía majestuoso con su corona y su túnica, de pie al lado de una hermosa reina ataviada con su tiara y delicado vestido. Arropada por ambos, se encontraba su única hija, la prince-

sa Elsa de Arendelle, mucho más joven de los dieciocho años con los que ahora contaba.

Al ver su propia imagen con once años, le abrumó la emoción. Siendo hija única, la vida de palacio había sido muy solitaria. Sus padres estaban siempre atendiendo a los asuntos del reino y, a pesar de que los estudios le ocupaban muchas horas, también dedicaba mucho tiempo a vagar por las estancias vacías. Claro que sus padres habían encontrado compañeros de juego para su hija entre los hijos de los mayordomos y de otros nobles, pero ella sentía que no era lo mismo que tener un hermano o una hermana con quien crecer y a quien confiarle sus secretos. Esta era una pena que nunca había querido compartir con sus padres: no quería que esos sentimientos cayeran sobre ellos.

Después de su nacimiento, su madre no había podido tener más hijos.

—¿No es preciosa, mamá? —le preguntó admirando la magnífica obra.

Su madre estaba a su lado, de pie y en silencio. Elsa observó cómo sus ojos azules contemplaban cada milímetro de la escultura de bronce antes de lanzar un profundo suspiro, casi inaudible. Cuando dirigió la mirada a su hija, sus ojos parecían tristes.

—Verdaderamente, lo es —contestó mientras le apretaba la mano. Y después, dirigiéndose al rey, añadió—: Es un retrato precioso de nuestra familia y de quiénes somos. ¿verdad?

Para tratarse de una ocasión tan feliz, sus padres parecían un poco melancólicos, pensó Elsa. ¿Podía ser porque la escultura les recordaba sus años de juventud? ¿Les entristecía pensar lo rápido que había pasado el tiempo? Su padre siempre hablaba del día en que Elsa subiría al trono

a pesar de que a él aún le quedaba mucha energía para seguir siendo rey. Se preguntaba qué les entristecería, pero se guardó esos pensamientos para ella. Estaban en un acto público, no era el momento de preguntarles nada.

—Sí, es un gran honor —respondió su padre y miró a Elsa. Parecía que quería decir algo más, pero se contuvo—. Hija, deberías agradecer a los presentes que hayan venido —dijo finalmente—. Hemos organizado una cena en honor del señor Ludenburg en el castillo, así que tenemos que despedirnos y prepararnos para recibir a nuestros invitados.

—Sí, padre —respondió, e hizo tal y como le habían dicho.

—¡Por Axel Ludenburg y su fina obra! —dijo el rey sosteniendo su copa en alto sobre la mesa del banquete en el Gran Salón.

El resto de los invitados hicieron lo mismo.

—¡Por Axel! —exclamaron, y brindaron con sus copas.

La comida era abundante, la compañía bulliciosa, y no quedaba ni un asiento libre alrededor de la mesa. El rey le había pedido a lord Peterssen, su amigo más leal, que se uniera a la celebración. La familia del señor Ludenburg también se encontraba allí; había viajado en barco desde el reino de Weselton, antiguo socio comercial de Arendelle. El duque de Weselton, que los había acompañado, tomó asiento al lado de la princesa.

—¡Y por Arendelle y Weselton! —añadió el duque. Tenía una boca grande para ser un hombre tan pequeño. Cuando se levantó, Elsa no pudo evitar fijarse en que era por lo menos un palmo más bajo que la mayoría de los invitados sen-

tados a la mesa—. ¡Que nuestros reinos crezcan juntos y prosperen por mucho tiempo!

—¡Por Arendelle y Weselton! —corearon los presentes.

Elsa brindó con su madre.

—Me alegra mucho que finalmente hayamos tenido la oportunidad de cenar juntos —le dijo el duque a la reina mientras retiraban los platos de la cena y los sirvientes se preparaban para servir el postre—. Es un placer conocer a la princesa en persona y presenciar el brillante futuro de Arendelle. —Frunció el ceño y añadió dirigiéndose a Elsa —: Hace tiempo que he notado que no suele acudir a muchos acontecimientos públicos.

Elsa le devolvió una sonrisa educadamente, pero no dijo nada. Una de las labores de una princesa, como su madre le recordaba continuamente, era escuchar a las personas, pero no hablar hasta que hubiera algo importante que decir.

—La princesa está tan ocupada con sus estudios que aún no le hemos pedido que nos acompañe a muchas apariciones públicas —le respondió la reina y dirigió su mirada al señor Ludenburg—. Pero, por supuesto, no podíamos permitir que se perdiera la inauguración de la escultura de nuestra familia. Esto es de lo que se trata en esta velada: la familia.

Elsa se cubrió la boca para ocultar una sonrisa burlona. Su madre tenía facilidad para mantener las conversaciones centradas.

Este era el primer encuentro que Elsa tenía con el duque de Weselton, y después de esto decidió que prefería al duque de Blakeston, que tenía una mirada amable y siempre llegaba al castillo con los bolsillos llenos de chocolate

que le pasaba a hurtadillas en las cenas durante las conversaciones, especialmente aburridas para ella.

En realidad, como su madre siempre le recordaba, eran «negociaciones importantes» a las que debía prestar atención, ya que tenía que estar preparada para subir al trono llegado el momento. Últimamente dedicaba sus días a lecciones de caligrafía, ciencia y el arte de gobernar, además de acudir a las reuniones con su padre. Por otro lado, ya era lo suficientemente mayor para asistir a los banquetes que se celebraban en el castillo, que eran muchos. Lejos habían quedado los días en que solo salía a saludar a los invitados, retirándose después para cenar en otra estancia. Ahora su vida era menos solitaria, pero aún echaba en falta a alguien de su edad al que confiarle secretos. Los días en los que recibía a sus compañeros de juegos habían quedado atrás hacía mucho tiempo.

—¡De acuerdo, de acuerdo! Pero es demasiado valiosa para tenerla recluida. —El duque golpeó la mesa reafirmando su postura.

Se movía tanto cuando hablaba que su peluquín no paraba de levantársele de la coronilla.

—Bien dicho, excelencia —dijo lord Peterssen sumándose a la conversación—. Ya es una señorita y está preparada para tomar parte en las conversaciones en torno al reino.

Elsa le sonrió. Su padre y lord Peterssen estaban tan unidos que este más que consejero era familia. Ella siempre lo había considerado como un tío, y con esa confianza la había avisado de la costumbre del duque de husmear.

—¡Exacto! —coincidió el duque—. Princesa, estoy convencido de que habéis aprendido mucho sobre los fiordos y su valor estratégico. —Elsa asintió—. Pues bien, mi abue-

lo descubrió el primer fiordo en Weselton. Gracias a él, nosotros...

El duque continuó hablando sin cesar hasta que lord Peterssen carraspeó.

—¡Fascinante, excelencia! ¿Quizá podríamos continuar con esta conversación más adelante? Creo que están sirviendo el postre. —Desvió la mirada antes de que el duque pudiera interrumpirlo—. Señor Ludenburg, ¡espero que aún tengáis apetito!

Como si estuvieran esperando una señal, los sirvientes aparecieron en las puertas con bandejas de fruta y dulces que depositaron sobre la mesa.

—Estos y muchos otros dulces los tenemos en Weselton. —El duque abrió la boca mientras echaba mano de un trozo de tarta y dos galletas.

Elsa sabía que no debía pensar en esas cosas, pero «Weselton» sonaba un poco como «Weaseltown», y la verdad es que el duque tenía un poco cara de comadreja. Lanzó una rápida mirada a su padre. ¿Se habría dado alguna vez cuenta de la conexión entre el aspecto del duque y el nombre de su país? Sus pensamientos siempre parecían ocultos tras un velo. En ese momento, estaba manteniendo una conversación paralela con la esposa del señor Ludenburg. Lord Peterssen hablaba con el escultor acerca de su próximo proyecto, lo que dejaba al duque, a la reina y a Elsa libres.

—Majestad, tenéis una hija encantadora —dijo el duque, y Elsa se sintió inmediatamente culpable por los pensamientos que acababa de tener—. Será una reina magnífica.

—Gracias —dijo su madre—. Verdaderamente, lo será.